



ORDINES

Per un sapere interdisciplinare sulle istituzioni europee

ISSN 2421-0730

NUMERO 1 – GIUGNO 2021

DANIEL INNERARITY

El desafío democrático de la pandemia

ABSTRACT - In this paper, the Author proposes an articulate reflection upon democracy in the time of the Covid-19 pandemic, trying to answer the question whether democracy is able to manage such crisis. The Author addresses this subject taking directly into account three main issues, namely the problem of the exception, the problem of efficiency and the problem of social change. The Author argues that the widespread discussion of a serious fragility of democracy is mostly an exaggeration. Democracy is in fact deeply solid, due to its fundamental learning-capacity which the Author stresses at the end of the paper.

KEYWORDS - Democracy - Covid-19 - exception - efficiency - social change.

1/2021

DANIEL INNERARITY*

El desafío democrático de la pandemia

Voy a hacer una reflexión sobre la democracia en tiempos de pandemia, porque se ha venido diciendo que la actual crisis sanitaria pone a prueba muchas cosas y algunas de ellas no volverán a ser lo que eran. Entre esas cosas que pone a prueba está la democracia. La pregunta a la que quiero responder es: ¿Es la democracia capaz de gestionar una crisis de este estilo? ¿Sí o no? Hay quien, además, está ya dando por entendido que una crisis como esta va a acabar con el capitalismo o, por otro lado, hay quien piensa que todo lo contrario: lo que va a hacer es reforzar las estructuras de dominación en eso que se llaman democracias iliberales. Las medidas de excepción aprobadas parecen suponer un precedente peligroso y un recorte de libertades que serían aceptables por poblaciones atemorizadas. De hecho, ya han surgido coronadictaduras en parte de Israel, en Hungría... que aprovechan las circunstancias excepcionales para acentuar sus perfiles iliberales. Al mismo tiempo, por si fuera poco, las democracias liberales cosechan una larga lista de fracasos colectivos, lo cual parece hacer especialmente seductora la idea de un sistema político que prescindiera de los formalismos democráticos en beneficio de la eficiencia, especialmente de la eficiencia en relación con la gestión de la crisis.

Bueno, creo que nos encontramos en una encrucijada interesante. Acabamos de asistir al cambio de gobernante en los Estados Unidos, después de un episodio inquietante como fue el asalto del Capitolio. Creo que la fragilidad de la democracia de la cual tanto se ha hablado últimamente está un poco exagerada. Yo creo que la democracia es mucho más sólida de lo que ciertos discursos dan a entender, pero, en cualquier caso, estamos en un buen momento para hacer una reflexión sobre esta cuestión. Creo que algunos de mis colegas filósofos no lo han hecho especialmente bien. Yo creo que buena parte de las intervenciones de algunos colegas nuestros en relación con la pandemia han sido incluso un poco frívolas. Hay quien en seguida ha llamado la atención sobre una nueva ola autoritaria, una monitorización biométrica continua y por supuesto no ha faltado nunca Žižek prometiendo el final del capitalismo, esta vez ya definitivamente. Bueno, creo que a pesar de ese tono un poco maximalista

* Professore di Filosofia politica e sociale, ricercatore "Ikerbasque" presso l'Università dei Paesi Baschi.

podríamos plantear la cuestión en tres grandes tipos de problemas y luego al final haré una reflexión global.

Los tres grandes problemas en los que se puede sintetizar la cuestión serían: el problema de la excepción, el problema de la efectividad y el problema del cambio social. El primero de ellos, el problema de la excepción. Hace tiempo que un paisano vuestro, Giorgio Agamben, ha utilizado esta idea de la excepción incluso en alguna intervención en estos meses pasados hablaba de la «invención de la pandemia» como una disculpa para establecer un estado de excepción. Me parece que Agamben contradice la evidencia de que si se proclama ahora un estado de excepción es porque no lo había antes, y, por tanto, si Agamben – cito sus propias palabras – sostiene que «la epidemia muestra claramente que el estado de excepción se ha convertido en la condición normal de la democracia», no termino de entender por qué antes no lo era. Viene a decir Agamben que esta *virocracia* nos hace entender que la lógica de la excepción es la lógica misma de la democracia sin excepción. Otro filósofo como Sloterdijk tantas veces prefiere una metáfora brillante que un buen argumento y ha profetizado el sometimiento a una dictadura médico-colectivista de manera que el sistema occidental se desvelará como igual de autoritario que el sistema chino.

Yo creo que ninguno de estos y algunos otros filósofos – que no voy a citar para no extenderme demasiado – parece haberse percatado de que las emergencias decretadas por los gobiernos europeos están muy condicionadas en cuanto a lo que se refiere a la lucha contra el COVID-19, están limitadas en el tiempo y no crean nuevos delitos: tres condiciones de las que carece, por ejemplo, el excepcionalismo decretado por el gobierno de Ucrania. Yo aquí recomendaría seguir una máxima de tipo cartesiano: comparo, luego pienso. Comparemos para pensar bien si esta excepción es justificable o no lo es. En mi opinión, las situaciones de excepción no suspenden la democracia ni tampoco siquiera su dimensión deliberativa y polémica. El pluralismo sigue intacto y el normal desacuerdo continúa existiendo. Lo hemos visto. Hemos visto cómo hay un gran desacuerdo. Estoy hablando de Italia, un país que tiene en este momento ese gobierno sostenido por un hilo, desde una España tremendamente polarizada que la pandemia no ha hecho más que polarizar. Es decir, creo que también en tiempos de pandemia el pluralismo sigue vigente (y la discusión, la polémica y la diversidad de opiniones). De hecho, sería inaceptable cualquier medida de lucha contra la pandemia presentada como si no hubiera alternativa, como si fuera científicamente indiscutible. De hecho, al

1/2021

menos en España, pero me consta que en otros países también, las disposiciones basadas en autoridades científicas son igual de discutidas por los partidos de la oposición que si no tuvieran esa justificación científica, con lo cual me parece que entra dentro de la normalidad y no tanto de la excepcionalidad. Sigue habiendo distintos planteamientos acerca de cómo afrontar esta crisis, especialmente en lo que se refiere a cómo equilibrar las urgencias sanitarias con los efectos económicos que puedan seguirse de las medidas adoptadas; no es una cuestión pacíficamente compartida. Estar en una situación de alarma no significa privarse de la razón y, por tanto, privarse de los beneficios de una deliberación y, a veces, de una confrontación de argumentos serena y leal.

La democracia, incluso en los momentos de alarma, necesita contradicción y exige justificaciones. Cualquier medida exige una justificación. Luego, la aceptaremos o no, pero exige una justificación. El pluralismo no es solo una exigencia normativa, sino también un principio de racionalidad. Concluiré luego con esto al final de mi exposición. Una democracia le debe tanto a los críticos como a los gobernantes. Si se genera un contexto de confianza mínima, ese saber distribuido que la democracia quiere organizar y ese poder a veces incluso muy descentralizado, no son impedimento para la toma de decisiones, sino más bien – esta sería mi tesis fundamental – un procedimiento para minimizar los errores. Hay menos errores en sistemas de inteligencia abierta, distribuida, controvertida, polémica, plural, que en sistemas de otro tipo. Mi tesis es que las situaciones de alarma no suspenden el pluralismo: lo que suspenden es su dimensión competitiva. Moderan o deben moderar la dimensión competitiva del pluralismo, pero no lo suspenden como tal. Sería un tremendo error que las urgencias del momento nos llevaran a impedir el contraste entre puntos de vista y competencias.

Las democracias no fueron creadas para el estado de excepción, sino para la normalidad. Una sociedad democrática no soportaría ni siquiera la sospecha de que los derechos no van a volver. Hemos aceptado ciertas limitaciones en nuestra movilidad y en nuestro modo de vida porque sabemos que van a volver. Yo creo que esto explica y, en cierta medida, disculpa las reticencias y los retrasos de los gobiernos a la hora de adoptar medidas drásticas al inicio de las crisis, cuando no hay muertos, cuando no hay evidencias, cuando no hay una situación especialmente crítica, ya que la ciudadanía es muy reticente a aceptar una limitación de sus libertades cuando no es evidente la gravedad de la situación. La cuestión decisiva es cuánto dura la justificación de las correspondientes medidas.

Una democracia constitucional institucionaliza la desconfianza hacia cualquier extensión de las prerrogativas del poder, porque tenemos la memoria histórica de que el poder suele estar tentado de quedarse con esas prerrogativas. Siempre es más fácil conceder nuevas competencias a quienes tienen a su cargo nuestra seguridad que devolverlas. La experiencia que tenemos nos ha enseñado mucho a este respecto.

La misma historia de la palabra *cuarentena* tiene su origen en una retención de ese tipo. Seguramente, los italianos lo conocéis mejor que yo. Cuando la peste se extendía por Europa en 1348, las autoridades de Venecia cerraron el puerto de la ciudad a los barcos procedentes de áreas infectadas y forzaron a los viajeros a treinta días de aislamiento que finalmente se convirtieron en cuarenta, de ahí la palabra. Es decir, la palabra *cuarentena* ya indica que alguien se sobrepasó con las medidas. Por tanto, es bastante lógico que las democracias se caractericen por administrar con celo cualquier delegación de poder y condicionar toda facultad excepcional a un plan, a unos objetivos y a un plazo de tiempo.

El segundo problema de las democracias parece ser su eficacia. Su eficacia a la hora de resolver problemas urgentes, cuando el tiempo y la autoridad son recursos dramáticamente escasos. Comparadas con nuestra lentitud a la hora de tomar decisiones, la debilidad de nuestro control social y el recato a la hora de invadir la privacidad de las personas, los sistemas totalitarios parecerían mejor equipados para este tipo de situaciones y, dado que las turbulencias y las crisis van a ser la nueva normalidad, la tentación de ahorrarse los formalismos y los derechos democráticos resulta ahora muy poderosa. Esta contraposición entre autoridad y efectividad está en el origen tanto de la seducción como del temor hacia China y hacia su modelo político. A este respecto, me parece más acertado el juicio de Fukuyama que el de Harari o el de Han. Los gobiernos democráticos tienen muchos problemas de ineficacia, pero ni estos problemas se deben a que tienen que respetar la voluntad popular y los procedimientos legales (no es que tengamos problemas de eficacia porque tengamos que respetar la voluntad popular y los procedimientos legales), ni las autocracias son un modelo de eficacia. Hay que tener en cuenta que el debate sobre este tema se superpone en el plano global a una batalla de relatos por la reputación y en medio de una gigantesca manipulación informativa. El mundo es hoy en día, entre otras cosas, una batalla de reputación, y la autoridad del gobierno chino no es un modelo de nada. Otros países y localidades han realizado confinamientos sin sacrificar valores democráticos. Tardaremos mucho en saber la crueldad que tuvo lugar en el espacio cerrado de Wuhan y, en

1/2021

general, en conocer los datos reales de la pandemia en China. Yo creo que este es el verdadero núcleo de la cuestión: la relación entre poder e información.

Los regímenes autoritarios tienen un problema con la información en un doble sentido: hacia fuera y hacia dentro. El primero de ellos, hacia fuera, es evidente. De hecho, estamos pagando sus consecuencias. Hubiéramos preferido que nos suministraran información verdadera a tiempo que mascarillas a destiempo. Algún día habrá que activar los escasos procedimientos globales de que disponemos para exigir sus responsabilidades en la causa y en la extensión de la pandemia. Por tanto, primer problema de información hacia fuera. El segundo problema es la información interna, y pone de manifiesto que reprimir la información no es una muestra de fortaleza, sino más bien un presagio de futuras debilidades. El autoritarismo del régimen, la ausencia de libertad de expresión y los obstáculos a la circulación de información están en el origen de los errores de la gestión de la crisis en China. Hay que tener en cuenta que las disfunciones inherentes al sistema leninista no permiten a la información circular eficazmente entre las escalas administrativas locales y el poder central. La disciplina impuesta a los cuadros administrativos locales por el poder central tiene como consecuencia que no lleguen a Pekín más que las buenas noticias o se maquillen las malas. Esta es la razón de que las medidas contra la epidemia en China se han revelado caóticas y contraproducentes, especialmente cuando, como recordaréis, la policía de Wuhan prefirió arrestar y reprimir a los médicos que habían lanzado las alertas primeras que escuchar las advertencias y prevenirse contra el riesgo epidémico.

Cuando hablo de libre circulación de información, no me estoy refiriendo a la mera circulación de datos, porque el régimen chino podría compensar con la monitorización totalitaria de sus sistemas de recopilación de datos y procesamiento inteligente, sino a esa información de calidad que permite conocer la verdadera realidad de la situación y tomar las decisiones acertadas. Esa información que solo se genera allí donde se respetan los valores fundamentales de tolerancia hacia la crítica y confianza: dos valores que en principio rigen en nuestros sistemas democráticos. Un régimen puede disponer de toda la información que proporcionan los *big data* y tener una mala información. No hay que perder de vista que las autoridades han adoptado en China medidas espectaculares únicamente a partir del momento en el que las disfuncionalidades estructurales del régimen político se convertían en una verdadera amenaza. Creo que la eficiencia

totalitaria – si es que existe eso – nunca tiene como objetivo la protección de los ciudadanos, sino la supervivencia del régimen. O, dicho de otra manera, pone por encima la supervivencia del régimen sobre la protección de los ciudadanos.

Yo creo que los sistemas democráticos alejaríamos la tentación del totalitarismo en nombre de la eficacia, por cierto, si le diéramos más valor a los resultados sin comprometer el de los procedimientos. Este es nuestro gran dilema: ¿Cómo conseguimos revalorizar la idea de eficacia sin comprometer el valor de los procedimientos? Creo que este es un valor (el de la efectividad o eficacia) que tiene poco prestigio en nuestras democracias frente a otros como la igualdad o la participación, pero creo que aquí tenemos un grave problema para el que no tengo una solución. Lo enuncio así: Mientras sigamos cosechando tantos fracasos en temas cruciales como la seguridad, la igualdad, la promoción del empleo de calidad, etc., seguirá siendo una tentación para muchos de nuestros conciudadanos prescindir de los formalismos o echar la culpa a los formalismos democráticos y, por tanto, abrazar otro sistema político autoritario pensando que ahí se va a encontrar con menos errores.

El tercer y último gran asunto, después de los que he planteado (la excepción y la eficacia), sería el de la transformación y el cambio. Pienso que las democracias tienen un problema serio con lo que podríamos llamar la «producción intencional de transformaciones sociales». Llámense reformas o transiciones. Es muy sintomático que las grandes sacudidas o grandes *shocks* que experimentan las democracias son de carácter exógeno. La crisis económica del 2008 o esta actual, que ha movido a toda la sociedad europea en una línea de transformación digital y ecológica como el programa *NextGeneration* de la Unión Europea. Debe de ser el hecho de que vivamos en democracias donde realmente se agitan mucho las cosas pero se transforman poco lo que explica que cuando llega una catástrofe aparezcan muchas esperanzas de que, por así decirlo, la naturaleza cambie lo que nosotros no somos capaces de cambiar, y aparezca gente que diga: «Bien, por fin, gracias a una catástrofe, vamos a conseguir realizar aquellos avances, aquellas transformaciones que en situaciones normales éramos incapaces». Bueno, tenemos el ejemplo un poco patético de Žižek, al que me referí antes, que ahora anuncia que con esto por fin va a llegar el comunismo, al mismo tiempo que Alain Badiou dice que no va a cambiar absolutamente nada... Hay un debate acerca de si en el fondo vamos a poder confiar en que la naturaleza, por así decirlo, haga el trabajo que nosotros no hemos sido capaces de hacer. Podríamos decir que, ahora que

1/2021

no hay posibilidades de reforma ni de revolución, todas nuestras apuestas se dirigen hacia algo así como un vuelco, como un giro imprevisto catastrófico, un accidente de la historia en forma de crisis sanitaria o medioambiental que afortunadamente nos pusiera en la dirección correcta de la historia.

Creo que son esperanzas desconectadas de cualquier sentido de la realidad, pero, además, sobre todo una curiosa expectativa en relación con el modo de transitar hacia las situaciones deseadas. La gran transmutación se espera de que el fracaso produzca mecánicamente su contrario. Esto es una forma mitológica de pensar. Se trataría de una especie de visión sacrificial de la historia política que nada tiene que ver con cómo se produce o cómo debería producirse el cambio en las sociedades democráticas: un cambio conflictivo, acordado, entre gradual y brusco pero siempre dentro del parámetro de la intencionalidad de los actores. Yo creo que quien piensa las cosas de esta manera parece que nos está contando algo así como la historia natural de los estragos, de las catástrofes, y no una historia protagonizada por los humanos, que es lo que viene a establecer la democracia. Creo que las catástrofes nos proporcionan evidencias de los daños, pero no de la sanación.

Esta idea de que del sacrificio procede la emancipación, la sanación, es una idea de origen religioso-mitológico tan increíble como asegurar que de esa conmoción, de la catástrofe, de la crisis, se vayan a beneficiar justamente los que más lo necesitan. Yo creo que en esta expectativa hay, al menos, dos supuestos difíciles de creer. Primero, que lo negativo produzca necesariamente lo positivo y, segundo, que esa nueva positividad se vaya a repartir con equidad. También un supuesto muy difícil de creer. De las ruinas no surge necesariamente un nuevo orden, y el cambio puede ser a peor. Creo que los tiempos de crisis son tiempos que pueden llevar a ciertas formas de desestabilización, que pueden representar una oportunidad también para los autoritarismos y los populismos iliberales. Me parece que nuestra realidad social y política tiene muy poco que ver con este tipo de alteraciones de otra época. La época de las revoluciones clásicas, de las implosiones de regímenes, el hundimiento de las civilizaciones, los pronunciamientos, los golpes de estado.

Incluso he debatido estos días con colegas nuestros sobre si el asalto al Capitolio era un golpe de estado o no. Yo pienso que no era un golpe de estado: era una cosa penosa que habría que calificar de otra manera, pero no era un golpe de estado y, como decía al principio, creo que se está sobrevalorando la fragilidad de la democracia. Yo creo que no tenemos una

fragilidad de la democracia; lo que tenemos es una fortaleza institucional mayor de la que pensamos, compatible con un estancamiento y con una serie de problemas de desafección y de políticas suboptimales.

Las democracias liberales son aquellos espacios políticos en los cuales las expectativas de cambio están equilibradas – en ocasiones mal equilibradas, es verdad – por las resistencias a cambiar. Y donde esa voluntad de cambio – afortunadamente, me permito añadir – se canaliza por vías incrementalistas. No hay, por así decirlo, ningún acontecimiento «natural» que nos vaya a ahorrar el trabajo transformador. No podemos esperar que la pandemia o la crisis económica produzca el milagro de hacer aquello que no somos capaces de hacer por las vías ordinarias. Esto no es un argumento en contra del cambio, entre otras cosas, porque no hay cosa menos transformadora que la nostalgia de lo completamente otro, que la nostalgia de este pensamiento catastrofista. Creo que si el lento aprendizaje de la democracia (la *inteligencia de la democracia* de la que hablaba Lindblom) nos ha enseñado algo, es que no deberíamos exonerarnos de las garantías y limitaciones que la democracia ha impuesto para prevenirse de la posibilidad de que los cambios sean a peor. Y, por tanto, la democracia es un régimen que permite pero también dificulta los cambios. Y esto es bueno.

En momentos excepcionales, lo más importante es proteger el pluralismo, también, incluso y precisamente en momentos de crisis como estos y también en relación con las medidas más oportunas para salir de la crisis como la transición que vamos a acometer tras ella. Por supuesto que hay salidas de la crisis que me parecen más razonables que otras. Incluso hay algunas que son muy discutibles, pero no deberíamos olvidar que hay una pluralidad de opiniones acerca de lo deseable, que la crisis nos enseña cosas, pero nos las enseña en un contexto de pluralismo y no nos las enseña como lecciones que deben ser aprendidas poniéndonos de rodillas. Son lecciones que deben ser todavía discutidas. Incluso allá donde se desmorona algo, no está absolutamente claro qué es lo que lo debe reemplazar, ni debería estar prohibido el debate acerca de qué debe hacerse, porque no está del todo claro cuál es la salida de esta crisis, aunque haya señales bastante evidentes en algunas direcciones.

Por tanto, creo que de este debate no se debe excluir a nadie, tampoco a los escépticos ni a los conservadores, que pensarán que no hay que hacer tantos cambios, aunque sea porque hay ciertas cosas que no es deseable que cambien, o puede haber un optimismo consistente en asegurar que, afortunadamente, la mayor parte de las cosas van a continuar como hasta ahora.

1/2021

Finalizo mis últimos minutos con una reflexión acerca del modo en que se ejerce el poder en las democracias y a qué se debe la verdadera fortaleza de la democracia. Como sabéis bien, la democracia ha estado siempre bajo la sospecha de ser incompetente, especialmente en situaciones de urgencia. Demóstenes, recordaréis muy bien, lamentaba la lentitud de Atenas frente a las amenazas de Felipe II de Macedonia. Decía que mientras los atenienses se dedican a discutir y votar, nadie está deteniendo la campaña militar que Felipe II estaba emprendiendo. Desde entonces, las críticas al parlamentarismo se han sucedido hasta las críticas de Carl Schmitt a comienzos del siglo XX, y el reproche ha sido siempre el mismo: discutir es una pérdida de tiempo. Los demócratas discuten, pero el liderazgo resolutivo – que podría ser o bien el liderazgo de los autócratas o también el liderazgo de los técnicos y de los expertos – es lo único que puede poner fin a esta pérdida de tiempo y a esta continua postergación de los problemas que caracterizarían a las democracias. Así ha pasado en esta crisis. Con ocasión de la pandemia, a los gobiernos democráticos se les criticaba en un sentido contrapuesto: se les decía que eran demasiado débiles y al mismo tiempo se les decía que eran demasiado fuertes. No citaré el ejemplo, pero en ocasiones he visto incluso a algún político desde la oposición acusar al gobierno de las dos cosas al mismo tiempo y casi en la misma intervención. Por un lado, estaría la apelación a un poder fuerte y por otro lado hemos tenido durante estos meses manifestaciones contra las medidas sanitarias en nombre de la libertad de los individuos. Unos individuos que deberían, por lo visto, poder hacer lo que quisieran, incluso poniendo en riesgo la vida de los demás.

Me acordaba yo al hilo de estas contradicciones de nuestro debate democrático de una cosa que recordaba un historiador paisano vuestro, el historiador italiano Luciano Canfora, cuando contaba la historia de un tal Monsieur de Languais, que allá por las vísperas de la Revolución francesa, «tuvo la desdicha de sufrir dos procesos: uno incoado por su mujer con la acusación de impotencia y el otro por una amante que la acusaba de haberle dado un hijo. Todo el mundo decía que al menos ganaría uno de los dos, pero en cambio los perdió todos». Perdió los dos. Bueno, pues algo así ha pasado con la democracia en estos meses. La acusación por un lado de que los gobernantes abusan de su poder es pertinente en algunos estados – es evidente en el caso de Hungría –, pero en general me parece que constituyen una exageración injustificada y creo que en ambos extremos del arco ideológico ha habido una cierta ligereza denunciando derivas autoritarias cuando los gobiernos incrementaban sus prerrogativas, que más bien eran

insuficientes y tardías. No vivimos en estados sustraídos de todo derecho, ni hemos entregado todo el poder a los expertos, aunque este sería un tema de debate apasionante que luego, si queréis, podemos abordar (lo que es el tema de la relación entre expertos y políticos, que es un tema crítico, es un tema controvertido; no es un tema resuelto definitivamente en favor de los expertos en absoluto, a mi juicio).

La otra crítica considera que la democracia es incapaz de reunir el poder necesario para hacer frente a las crisis. Llevamos mucho tiempo, muchos años, lamentando la debilidad de la democracia. Antes era la debilidad ante la democracia captada oligárquicamente o por unos poderes económicos dominantes. Ahora el motivo sigue siendo su supuesta impotencia con nuevos matices. Los estados ofrecen un espectáculo de indecisión, de contradicciones, de confusión, que afecta a la confianza de la población hacia unas medidas adoptadas y presentadas a veces de un modo incoherente. Yo creo que, efectivamente, la pandemia ha dado una mayor verosimilitud a las acusaciones viejas, antiguas, de impotencia, porque creo que los momentos de angustia son muy dados a deducir de los errores concretos que se cometen una incapacidad general y, por tanto, elevar el precio que se estaría dispuesto a pagar por las soluciones. Creo que esto es típico del tensionamiento que se produce en las democracias en tiempos de crisis. El deseo de que haya una respuesta eficaz contra los riesgos hace que incluso la asunción autoritaria sea atractiva para una buena parte de la población.

La democracia, vienen a decir estos críticos, estaría incapacitada para resolver a causa de sus procedimientos lentos, por el derecho de contestación que concede a todo el mundo, y por ese elemento de ociosidad típico de la deliberación democrática. De alguna manera, estos defensores de la prisa vendrían a ser partidarios de suprimir o limitar mucho la dimensión deliberativa de la democracia, y no entienden que, en el fondo – esta sería mi crítica inicial –, deliberar, hablar, es una forma de actuar, como aquel célebre libro *Cómo hacer cosas con palabras*. La política es, en buena medida, «hacer cosas con palabras». Hablar es una forma de actuar de la que no podemos prescindir ni siquiera en plena urgencia de las crisis. Las decisiones colectivas, incluso las decisiones colectivas en medio de una crisis, no se pueden adoptar más que en el seno de una interpretación conflictiva, contrastante y deliberativa de la realidad y, por tanto, en una confrontación explícita de intereses. Esto no lo podemos suprimir, porque, además, no es inteligente suprimirlo. La democracia no requiere

unanimidad. La democracia incluso institucionaliza la divergencia de opiniones, no tanto por tolerancia y respeto como por inteligencia.

¿Por qué pensar que podemos prescindir de esto precisamente en un contexto de crisis? Yo aquí, por terminar, trataría de responder echando mano del sabio Spinoza a la siguiente cuestión: ¿En qué consiste la verdadera fuerza de la democracia frente a la eficacia autoritaria? Pues probablemente sea precisamente en esto: en su deseo, como consecuencia de una larga experiencia histórica, de proteger la crítica. Incluso la crítica respecto de sí misma. Incluso la crítica iliberal. Incluso la crítica autoritaria. En nuestros países tenemos partidos que no son demócratas y, nosotros que tenemos democracias no militantes, al menos la democracia constitucional española no lo es, permite que existan en su seno partidos que incluso no compartan más que procedimentalmente los valores de nuestro sistema político.

Ahora bien – y con esto quiero finalizar –, es posible que esas dificultades de control que tienen los gobiernos democráticos las compensen con un debate público y abierto sobre sus posibles alternativas. Por tanto, frente a la idea tantas veces repetida de que las democracias son impotentes, una idea que agrada mucho a quienes quieren que realmente no lo sean, frente a esa idea de culpabilizar al desacuerdo, hoy en día hay un lugar común que es echar la culpa de todo a la polarización, a la discusión, a la polémica y añorar la unanimidad, el acuerdo. En fin, sobre esto también podríamos discutir mucho.

Me gustaría echar mano de Spinoza cuando decía que el poder de la democracia, en el fondo, residía en la falta de unanimidad y que debíamos a la falta de unanimidad nuestra fundamental inteligencia colectiva. «Mientras que las tiranías son arbitrarias y cambiantes – decía Spinoza en su *Tratado teológico-político*, cito literalmente –, lo absurdo es menos temible, ya que es casi imposible que la mayoría de los hombres se pongan de acuerdo en una única y misma absurdidad». En una democracia – venía a decir Spinoza –, es muy difícil, incluso imposible, que los hombres nos pongamos de acuerdo en el mismo absurdo. Spinoza no ignoraba los errores humanos. Todo lo contrario: advertía que en una sociedad plural es más difícil cometerlos que en aquellas en las que el pluralismo hubiera podido ser suprimido.

El desacuerdo tiene muchos inconvenientes. Estamos viendo las grandes dificultades que el desacuerdo político crea en nuestros sistemas democráticos, pero al menos tiene una gran ventaja – venía a decir Spinoza –, y es que gracias al pluralismo es menos verosímil la obstinación en el

error. Es decir, aun suponiendo – que ya es mucho suponer – que las democracias y los autoritarismos tengan las mismas posibilidades de equivocarse – venía a decir Spinoza –, es mejor equivocarse en una democracia que en un régimen autoritario. ¿Por qué? Porque en una democracia, debido al carácter controvertido de la opinión pública y a su régimen competitivo, es más fácil y más rápido abandonar el error o que te obliguen a abandonarlo.

La democracia es un sistema político en el que se pueden efectuar procesos de aprendizaje abiertos y alimentados por una crítica razonada a las autoridades y a sus errores. De manera que es siempre posible. Esta es la esperanza democrática; la esperanza democrática no es la llegada de un líder providencial, la esperanza democrática es que esté siempre abierto el proceso de autocorrección y, por tanto, de posibilidad incluso de sustitución de aquellos que han cometido errores. Por consiguiente, esta sería mi conclusión: el poder de la democracia es su capacidad de aprender.